

en la cancelación de toda distinción entre regímenes autoritarios y democráticos.

No es la nostalgia por un mundo sólido y estable el único motivo que nos impulsa a pensar políticamente la diferencia y su reverso. Hace tiempo que lo sólido se desvaneció en el aire y el aprendizaje en la contingencia parece irreversible, aunque buscar arraigos dinámicos y nuevos compromisos electivos sea el destino de quienes seguimos teniendo sed de sentido. El papel de la universalidad como ausencia o como lugar vacío o como construcción

contingente, la función del mito en un mundo sin dioses ni profetas, la relación entre narraciones portadoras de esperanza y acción colectiva son problemas teórico-políticos que el reconocimiento de las diferencias y las políticas de identidad dejan abiertos. El libro que reseñamos no los resuelve. Pero al menos logra conceptualizarlos con claridad y facilita un abordaje políticamente responsable. En una época de asumida desorientación, de arraigos cuestionados y de compromisos intermitentes, ciertamente no es poca cosa.

LA CONTINGENCIA DE LA UNIVERSALIDAD

Santiago Carasale

JUDITH BUTLER, ERNESTO LACLAU
y SLAVOJ ZIZEK,
*Contingency, Hegemony,
Universality. Contemporary
Dialogues on the Left*,
Londres / Nueva York, Verso, 2000

Contingency, Hegemony, Universality constituye una serie de intercambios entre tres autores (Judith Butler, Ernesto Laclau y Slavoj Zizek) que se encuentran en «los márgenes teóricos del proyecto político de la izquierda» (Butler, 11), intercambio cuyo objetivo, como uno de los autores lo plantea, «es luchar con la Cosa misma la cual se encuentra en cuestión, esto es, la (im)posibilidad del pensamiento y la práctica radical hoy en día» (Zizek, 91). El libro comienza con un cuestionario hecho por cada uno de los autores, dirigido a sus compañeros, el cual fija los temas que van a ser tratados (hegemonía, universalidad,

diferencia, capitalismo, diferencia sexual, performatividad, sujeto, historicidad, formalismo, la tercera vía, entre otros), así como las perspectivas a partir de las cuales se parte para tratar dichos temas, pero que también entran en discusión (cartesiana, kantiana, hegeliana marxista, psicoanalítica, deconstruccionista, laciana). A pesar de la variedad de temas y posiciones de cada autor, se puede reconocer, una cierta afinidad entre los tres, que permite fijar un punto de partida en la discusión. Tal como lo señala Zizek, un punto de confluencia entre los tres se encuentra tanto en la noción de Butler acerca de la reflexividad del deseo humano, como en la noción de antagonismo propuesta por Laclau. Concomitantes a estas nociones se encuentran otras dos nociones, en el caso de Butler los «vínculos pasionales» (*passionate attachments*), fijaciones traumáticas, ineludibles a la vez que inadmisibles, frente a las cuales la única alternati-

va para permanecer operativo es la represión. En el caso de la noción de antagonismo propuesta por Laclau la noción concomitante es la de lucha hegemónica, mediante la cual se llena el espacio vacío de la universalidad, algo necesario pero imposible. En ambos casos, como señala Žizek, estamos trabajando con un término que es necesario a la vez que imposible, que es denegado a la vez que ineludible. En este caso los universales entran dentro de esta «lógica», el «universal es un lugar vacío (*empty place*), un vacío (*void*) que puede ser llenado sólo por el particular, pero el cual, a través de su vacuidad (*emptiness*), produce una serie de efectos cruciales en la estructuración/desestructuración de las relaciones sociales». En este sentido es que es un objeto a la vez «necesario e imposible» (Laclau, p. 58). Esta «lógica» de la imposibilidad y la necesidad, se distingue de la lógica moderna de la transparencia por la cual la posibilidad de un objeto es deducida a partir de su necesidad. Laclau va a señalar que la doble condición de imposibilidad y necesidad posibilita tres empresas, primero permite entender la lógica por la cual cada una de estas dimensiones subvierte a la otra, y segundo, observar la productividad política de esta subversión mutua —esto es, lo que hace posible entender las actividades de nuestras sociedades que van más allá de aquello que es posible de ser logrado por la unilateralización de alguno de ambos aspectos. Por último, permite trazar el desarrollo de esta lógica de lo indecible en el cuerpo de la tradición del pensamiento político. Desde esta posición, «la dimensión trascendental es ineludible, pero la trascendentalidad, en el sentido cabal del término, es imposible (es por eso que podemos hablar de cuasi-trascendentales). ¿Por qué esta imposibilidad? Porque la cabal trascendentalidad, para comenzar, requiere de una estricta

frontera demarcatoria con lo empírico, la cual no está disponible. No hay objeto sin condiciones de posibilidad que lo trasciendan (es el horizonte trascendental ineludible) pero, en tanto este horizonte consiste en las infraestructuras indecibles —iteración, suplementariedad, re-trazo, entre otras—, el momento empírico de la decisión se encuentra en una compleja relación de internalidad/externalidad con el horizonte trascendental» (Laclau, p. 76). Sin embargo, es también en el terreno de la «lógica» de la imposibilidad y la necesidad donde empiezan a aparecer las diferencias entre los autores. Laclau señala que la diferencia con Žizek es que este último subraya el aspecto de la necesidad por encima de la imposibilidad, lo que le permite construir una genealogía del pensamiento moderno ilustrado, en donde Lacan aparece como uno de sus herederos y, por lo tanto, denegar la revolución del pensamiento contemporáneo, y más precisamente a la deconstrucción. El resultado, según Laclau, es que al subrayar el momento de la necesidad —«una carta siempre llega a su destino», dirá el cartero de la verdad—, se limita precisamente el otro polo, la imposibilidad. En el seno de la disputa en torno a esta lógica de lo necesario e imposible se encuentra el problema de que tan necesaria es «la naturalización de la contingencia», lo que se encuentra en juego es la alternativa entre la represión inevitable de dicha contingencia o la posibilidad de representar como tal dicha imposibilidad mediante un contenido positivo. Žizek afirma que lo político (*political*), «la lucha radicalmente contingente por la hegemonía», se encuentra dividido, barrado, por lo cual para ser operativo necesita precisamente reprimir su naturaleza contingente, es decir lograr un mínimo de naturalización. Lo que lo lleva por otra parte a afirmar que en la noción de antagonismo propuesta por Laclau se

encuentra una doble imposibilidad, por una parte el antagonismo marca una imposibilidad de representar/articular la totalidad de la sociedad, pero por otra parte y de manera más radical, es imposible representar/articular el antagonismo/negatividad que hace imposible la realización ontológica total de la sociedad. Para Žižek precisamente el problema de las posiciones tanto de Butler como de Laclau no distinguen de forma precisa entre «la contingencia/substituibilidad *dentro* de un cierto horizonte histórico y la más fundamental exclusión/forclusión que *sustenta dicho horizonte*» (p. 108). Es decir, que la pregunta última no es por «la lucha hegemónica por la cual un contenido particular podrá hegemonizar el concepto universal vacío», sino que es más bien por «la imposibilidad más fundamental que da lugar al Universal vacío, y por lo tanto al terreno de la lucha hegemónica misma» (p. 111). De aquí se sigue la crítica de Žižek a Butler y Laclau de que ambos permanecen simplemente en un nivel meramente formal, el de las luchas hegemónicas por el concepto universal vacío, y dejan en penumbra precisamente lo que da lugar a dicho campo de batalla, lo que da lugar al universal vacío. En este sentido se entiende la afirmación de Žižek de que tanto Butler como Laclau son kantianos solapados. Siguiendo esta línea de argumentación dirá Žižek que la fantasía ideológica no es la fantasía de la imposible totalidad de la sociedad, no sólo es la sociedad la imposible, sino que esta imposibilidad a su vez es representada/positivizada de forma distorsionada en un campo ideológico, esta es, según Žižek, la función propia de la fantasía ideológica. «Cuando esta imposibilidad se representa en un elemento positivo, la imposibilidad *inherente* se transforma en un obstáculo externo. La "ideología" es el nombre para la garantía de que la negatividad que impide a la so-

iedad lograr su completitud actualmente existe, que ésta tiene una existencia positiva en la forma de un gran Otro, que tira de los hilos de la vida social» (Žižek, p. 100). La respuesta de Laclau se desarrollará por dos vías, por una parte pone en cuestión que la relación entre la imposibilidad y el objeto externo sea puramente arbitraria, y por otra parte, que la imposibilidad en sí misma pueda ser representada a través de una proyección puramente arbitraria. En lo que toca al primer punto la cuestión es que no se puede pensar que, por ejemplo, el apartheid o el zarismo son simplemente fenómenos arbitrarios que positivizan la imposibilidad inherente a lo social, sino que ellos fueron obstáculos reales a la democratización de la sociedad. Para decirlo en términos psicoanalíticos «el hecho de que ningún deseo se encuentre necesariamente vinculado a un objeto no significa que el objeto carezca de importancia, o que su elección sea *enteramente arbitraria*» (Laclau, p. 199). En lo que toca al segundo punto Laclau dirá que si la noción de naturalización que Žižek maneja de que todo objeto necesario e imposible sólo puede ser representado por algo externo a él, en este caso no habría diferencia que marcar entre sus planteamientos. Sin embargo, según Laclau hay algo más en la noción de naturalización de Žižek, ya que en la serie de ejemplos que da sobre la positivización de la imposibilidad, lo que da lugar a un juego infinito de sustituciones que buscan superarla, deja de lado el que este juego de sustituciones lleve a la simbolización de la imposibilidad misma como un valor positivo. Es decir, si bien «la positivización es ineludible, nada impide a esta positivización en simbolizar la imposibilidad como tal, antes que ocultarla mediante la ilusión de su superación» (Laclau, p. 199). Si por una parte esta operación sigue teniendo elementos del proceso de

naturalización, sin embargo, por otra parte es muy diferente a la operación de igualar la imposibilidad con un contenido positivo diferencial. Las consecuencias políticas de tal proceso de naturalización no son menores, afirma Laclau, implican la posibilidad de institucionalizar la apertura de la política democrática y la llamada a identificar la imposibilidad misma con dicha apertura.

Otro giro en la discusión en torno a esta «lógica» de lo imposible y lo necesario lo plantea Butler, para la cual es cuestionable que dicha «lógica» se traduzca en el problema de lo *Real* en el sentido lacaniano del término, es decir, del núcleo duro que resiste toda simbolización. Butler comienza sus preguntas interrogándose acerca de si la noción de sujeto barrado de Lacan no instala la barra como la condición y estructura de toda constitución de sujetos más allá de toda historia posible. «¿Puede el recurso ahistórico a la barra lacaniana ser reconciliado con el problema estratégico que la hegemonía plantea, o es que se coloca como una limitación cuasi-trascendental de toda formación de sujetos y, entonces, como indiferente a la política?» (Butler, p. 4). Dicha pregunta se dirige tanto a Laclau como a Žizek, si bien este último es el que hace una apropiación explícita de Lacan, Laclau encuentra cierta afinidad entre su noción de antagonismo y el *Real* lacaniano. Si bien Butler concuerda con que los sujetos se constituyen a través de la forclusión, aunque no comparte que dicho forclusión son anteriores a lo social o explicables a través de representaciones estructuralistas anacrónicas del parentesco, basadas esencialmente en la figura de la castración y en el tabú del incesto, las cuales a su vez explicarían las nociones centrales de el trauma y la falta, es decir aquello que sustenta al sujeto barrado. La estrategia de Butler es doble, por una parte pone en cuestión la veracidad de dichas

observaciones en torno a las sociedades basadas en el parentesco, y más precisamente el estatus de dichas figuras del incesto y la castración en la estructuración de la realidad psíquica y social de las sociedades. Pero por otra parte también pone en cuestión la distinción de niveles que Žizek afirma que tanto ella como Laclau tienden a desconocer. Es decir, lo que pone en cuestión es precisamente el estatus de la barra, afirma que por una parte «el horizonte histórico parece existir en un nivel diferente de aquél más fundamental, aquél al que pertenece la falta traumática del o en el sujeto. Pero por otra parte está claro que el segundo nivel, el más fundamental, se encuentra atado al primero por ser a la vez su fundamento y su límite. Por lo tanto el segundo nivel no es exactamente exterior al primero, lo que significa, hablando estrictamente, que no pueden ser concebidos como niveles separados para nada» (Butler, p. 141).

Laclau va a desmontar la pregunta de Butler mediante la explicitación de la noción de cuasi-trascendental. ¿Qué es lo que se encuentra implicado en la categoría de lo cuasi-trascendental en tanto, primero, esta es limitación a toda constitución de sujeto, y segundo, en tanto es una limitación que es indiferente a la política? Esta pregunta introduce dos pretensiones contradictorias, ya que la categoría de lo cuasi-trascendental en tanto limitante para la constitución de los sujetos implica la exclusión de ciertas identidades políticas, lo que no la hace indiferente a la política, sino todo lo contrario. Si lo que se afirma es la indiferencia política de dicho límite, entonces este deja de ser un límite, y la única forma de superar dicha indiferencia es postular un fundamento trascendental positivo, lo que va contra el primer postulado. Laclau propone reformular la pregunta de Butler: «¿Es una barra cuya función consiste en demostrar la imposibili-

dad última de la representación completa, un límite a lo que puede ser representado, o más bien, expande las relaciones de representación (en tanto representaciones fallidas, por supuesto) más allá de toda limitación? Si este fuera el caso abriría el camino a un historicismo más radical que cualquier otro fundado tanto en un sistema de categorías trascendentales positivas o en un llamado a lo "concreto" que vive en la ignorancia de sus condiciones de posibilidad» (Laclau, p. 65).

La discusión que cruza al libro, al decir de Žižek, oscila entre dos polos, por un lado parecería ser simplemente la aclaración de malentendidos, pero por otro pa-

rece asumir una radical incompatibilidad de perspectivas. Esta oscilación, tal como la lee Žižek, marca que la *Cosa* en torno a lo que se argumenta es lo *Real*, es decir que no hay forma neutral de tratar con las diferencias, que es necesario «tomar partido», es decir que sólo queda reiterar las diferencias. Precisamente esa es la riqueza del intercambio plasmado en el libro, así como también su dificultad, esta reiteración se lee como una re-iteración, no simplemente es una descripción o redescipción, sino un acto que toma partido, que negocia entre la repetición y la alteridad, en la búsqueda de una vía para la izquierda en la actualidad.